

Des-habitar lo espeluznante: Cavilaciones sobre *Hilda Peña* (2014) de Isidora Stevenson en el contexto del Chile neoliberal

Ignacio Barrales Parra ⁽¹⁾

Resumen: Este artículo propone una lectura del monólogo *Hilda Peña* (2014) de Isidora Stevenson desde el concepto de “lo espeluznante” de Mark Fisher, entendido como una atmósfera de extrañamiento ligada a la exterioridad espectral del neoliberalismo. Se argumenta que la obra dramatiza una subjetividad femenina escindida y marginal, cuya experiencia de duelo ante la pérdida de un hijo putativo –un niño de la calle asesinado durante la transición democrática chilena– activa una serie de prácticas profanas que interrumpen las lógicas capitalistas de administración del dolor. La protagonista, Hilda, reactualiza de manera distorsionada el rito del velorio del Angelito, configurando un contra-dispositivo estético desde una religiosidad popular degradada, que cuestiona tanto el orden neoliberal como sus formas de memoria oficial. El análisis se divide en dos partes. En primer lugar, se describe la configuración de un “modelo de vida espeluznante”, caracterizado por la naturalización del vacío, la despolitización del dolor social y la interiorización de una lógica de capital humano que transforma a los sujetos en agentes de su propia desposesión. En segundo lugar, se aborda cómo *Hilda Peña* des-habita ese modelo mediante una narrativa de duelo radical, en la cual la madre putativa rechaza los rituales institucionalizados del luto y desarrolla una economía libidinal alternativa. A través de la irrupción del cadáver como objeto de deseo y testimonio, se invoca una potencia ritual residual que subvierte la racionalidad neoliberal.

Palabras clave: Memoria política - Lo espeluznante - Duelo - Subjetividad femenina - Profanación - Neoliberalismo chileno - Dramaturgia contemporánea

[Resúmenes en inglés y portugués en las páginas 171-172]

⁽¹⁾ **Ignacio Barrales Parra.** Magíster en Teoría e Historia del Arte de la Universidad de Chile. Licenciado en Arte Escénico de la Universidad de Playa Ancha. Director y dramaturgo de la Compañía Teatro Estudio Nos, Valparaíso-Santiago. Docente de las asignaturas de Pensamiento crítico y de Estética y composición de la imagen y parte de la Secretaría Académica de la Escuela de Comunicación Digital de la Facultad de Comunicaciones,

Universidad UNIACC, Chile. Ayudante de proyecto investigativo “Cartografía teatral de Valparaíso: Análisis de la puesta en escena porteña del siglo XXI” (ANID, Fondecyt Regular 2023) a cargo de la PhD. Verónica Sentis Herrmann. Escritor colaborador en la sección de Crítica de espectáculo en Revista Sociedad de Autores Teatrales de Chile (SATCh).

Introducción

El tópico de la memoria dictatorial en la dramaturgia chilena ha sido y es, hasta nuestros tiempos, un claro ejemplo de vehiculización de lo que implica la actividad del resistir político-escénico. Desde el compromiso social de Isidora Aguirre hasta la retórica suspicaz de Nona Fernández, poner en relieve aquella huella que el terror ha sembrado en el corazón de nuestro pueblo se nos presenta, desde la trinchera escénica, como una misión de primer orden. Sin embargo –y como suele suceder en todo margen de representación–, ciertas expresiones quedan excluidas y la memoria misma comienza a cristalizarse en un modo de producción que, en el peor de los casos, depaupera su cualidad rupturista. Ya la crítica negativa realizada por Richard (2010) al dispositivo de la memoria oficial de los años noventa, que intentaba “fijar así los usos del recuerdo en función del ideal reconciliatorio del consenso como modo de integración forzada de lo políticamente escindido” (p. 17), daba cuenta de una operatividad del recordar que apaciguaba la exigencia de verdad y justicia disidente¹. Ante aquella problemática, la representación de la memoria se ha visto en constante estudio, en busca de actualizaciones de las formas en las cuales se nos materializa.

En el presente artículo desarrollaremos un análisis al texto dramático *Hilda Peña* (2014) de la dramaturga Isidora Stevenson a partir de su presupuesto contextual, es decir, en tanto es comprendido como testimonio ficcional de un periodo específico de la historia chilena que trae consigo lo que fue la violencia sistemática dictatorial. La novedad de este análisis, sin embargo, radica en la manera en la cual percibimos el acto de recordar a partir de la recuperación ominosa del velorio del Angelito en tanto procedimiento popular del duelo. Nos parece que, en cuanto relato emitido por la voz de una mujer común y corriente de *la transición*, su sentido histórico nos invita a pensar, no en la memoria en sí misma, sino en la amnesia de un origen que ontológicamente constituye al sujeto neoliberal. Ahora bien, es precisamente esta subjetividad la que nos posibilita reflexionar en torno a una experiencia estética concreta: la de *lo espeluznante* (Fisher, 2018). Por ello, dividiremos nuestro artículo en dos apartados de contenido: 1) *Un modelo de vida espeluznante*, en donde analizaremos brevemente el régimen neoliberal chileno en relación con el concepto de Fisher; y 2) *Des-habitar lo espeluznante*, en el cual indagaremos en la obra *Hilda Peña* en tanto comprende un des-habitar del modelo neoliberal mediante la práctica profana, remembranza de una religiosidad popular, en un lugar determinado: el cementerio.

Un modelo de vida espeluznante

Lo espeluznante para Fisher (2018a) es una categoría estética de sensación extraña que se desprende de lo *unheimlich* freudiano –es decir, lo ominoso– para profundizar en su aspecto exterior. Puesto que este último “se relaciona con lo extraño *dentro* de lo familiar, lo extrañamente familiar, lo familiar como extraño” (Fisher, 2018a, p. 11), el autor británico intenta indagar en aquello que, a través de una operación inversa, “nos permiten ver el interior desde la perspectiva exterior” (Fisher, 2018a, p. 12). O, en otras palabras, intentar analizar lo *consciente* desde lo *inconsciente*. Por ello, lo espeluznante está intrínsecamente ligado con lo foráneo, aunque libre de todo sentido doméstico, cerrado, incluso habitado: lo hallamos “con más facilidad en paisajes parcialmente desprovistos de lo humano” (Fisher, 2018a, p. 13). En este sentido, en cuanto la vida humana parece arrinconarse en una desidia, es la pregunta por la naturaleza de lo que provocó la acción de tal expulsión lo que daría paso a su sensación: “¿Qué tuvo que suceder para causar aquellas ruinas, aquella desaparición? ¿Qué tipo de entidad tuvo que ver con ello?” (Fisher, 2018a, p. 13). Por ende, esta envoltura espeluznante se da al seguir las pistas de una sospecha que nos direcciona hacia un afuera incomprensible e incapturable, de múltiples especulaciones.

En el caso de la sociedad neoliberal, la entidad que habría de conformarla, por excelencia, no sería otra que la del capital. Según Fisher (2018a), ante esta entidad espeluznante que es capaz de ejercer “más influencia que cualquier entidad supuestamente sustancial” (p. 13), surge un *escándalo metafísico* sobre la cuestión de lo inmaterial y lo inanimado, es decir, “la acción de los minerales y del paisaje [...] y el modo en el que ‘nosotros’, ‘nosotros mismos’, nos vemos atrapados en los ritmos, pulsiones y patrones de las fuerzas que no son humanas” (Fisher, 2018a, p. 13). Ergo, cuando Fisher trata lo *espeluznante* por medio de la interpretación de una serie de relatos del género de ciencia ficción y el horror, nos está hablando sobre la atmósfera que genera su noción de *realismo* en tanto le otorga una capacidad expandida de lo que el capital comprende en su condición mundana. En su libro *Realismo capitalista*, Fisher esboza la aceptación generalizada de que el mundo actual, como sociedad desengañada, no puede organizarse de otra forma sino mediante la impuesta por el capitalismo, la que constituye su fuente de operatividad. O, en palabras de Fisher (2018b), “es algo más parecido a una atmósfera general que condiciona no solo la producción de cultura, sino también la regulación del trabajo y la educación, y que actúa como una barrera invisible que impide el pensamiento y la acción genuinos” (p. 41). Un *realismo* ante las cosas del mundo que permiten al individuo habitarlo por más desigual que este sea, regulando su resignación al cambio mediante una serie de estrategias de control sin deprimirse, sin desertar. Para Fisher (2018b), en este sentido, “el capital es un parásito abstracto, un gigantesco vampiro, un hacedor de zombies” (p. 39). Este asumir que no hay alternativa es un resultado, el producto del triunfo del neoliberalismo en cuanto maquinaria social que ha hecho circular aquella creencia generalizada de *lo económicamente realista*. Para Fisher, la consigna tiene su origen con Margaret Thatcher al suponer la abolición de lo social, en tanto inexistente, desplazado por la familia y el individuo. Ahora bien, si llevamos esto al plano chileno, es sabido que en este territorio se llevó a cabo la experimentación de dicho presupuesto de manera radical mediante la intervención extranjera y la ruptura golpista de la tradición democrática (Ffrench-Davis, 2003;

Ramírez, 2022; Moulian, 1997; Kornbluh, 2023). En tanto que ideología, el modelo neoliberal tiene sus orígenes en las teorías de Rougier, Von Hayek, Friedman, entre otros que se hicieron lugar en instancias intelectuales como el *Coloquio Lippmann*, el CIERL (*Centre International d'Études pour la Rénovation du Libéralisme*), o la *Sociedad Mont Pelerin*. En toda su literatura, lo que se levanta es la diferenciación con el liberalismo clásico en tanto que “los neoliberales ya no considerarán al Mercado [...] como un dato natural sino como una estructura pura que permite generar un sentido objetivo para el funcionamiento social” (Rossel et al., 2024, p. 25). Ergo, el mecanismo de coordinación que materializa este modelo está regido por una lógica de competencia que se funda, como menciona Foucault (2007), no en “la equivalencia, sino, al contrario, [en] la desigualdad” (p. 155). Por tanto, la noción de libertad en la cual habitarían sus individuos estaría regida, no ya por su potencia creativa, sino en la medida de sus oportunidades materiales de acceso (Rossel et al., 2024, p. 30). En este sentido, para Friedman se requeriría una administración ausente de coerción en disposición de la centralidad del Mercado, puesto que “en el mercado se coordinan espontáneamente millones de individuos que no buscan sino su propio beneficio y realizan así su propia libertad” (Ramírez, 2022, p. 54). Bajo esta libertad, no de acción, sino de elección, se despliega un régimen que logra su funcionamiento a través de la desigualdad y la fragmentación de una sociedad completa. Esta lógica, que es comprendida por el grupo de economistas chilenos, los *Chicago boys*, como la actividad del *gran ordenador* (Ramírez, 2022, p. 143), responde de alguna manera a la pregunta que sugiere Fisher (2018a) respecto a la expulsión de lo humano en el paisaje de lo espeluznante. Vale decir, lo que tuvo que suceder para que aquellas ruinas [las de La Moneda] y desapariciones [de miles de personas] pasaran desapercibidas no fue sino la naturalización del régimen de terror orquestada por una figura de cualidades artificiales que cuantificó las pérdidas humanas por ganancias financieras. Con ello, lo espeluznante se consagra en el cese de un afecto colectivo particular, la constitución de una génesis que debió subsumirse en una *amnesia institucional*, puesto que “la historia de una institución exitosa implica la amnesia de la génesis de la institución” (Bourdieu, 2014, p. 165). No por nada Moulian (1997) habla de la política del consenso como “la etapa superior del olvido” (p. 37).

Ante la búsqueda de una estabilidad económica con miras democráticas, ya desde Aylwin el gobierno cede a la necesidad de un Estado que, de entrada, no interrumpa la coordinación autónoma del Mercado, por el contrario, que la facilite (Ramírez, 2022; Moulian, 1997; Richard, 2010). Es por medio de la instalación de reglas determinadas de juego, a modo de arbitraje, que los gobiernos de la transición articulan una verdadera política de acuerdos. Ergo, las políticas sociales se subordinaron al campo de juego forzado del Mercado. O, dicho de otra forma, la aplicación de un tipo de democracia *en la medida de lo posible*. Allí, los imaginarios encuentran sus márgenes por medio de una compensación racionalizada en la que los sujetos, como menciona Moulian (1999), devienen “atrapados por el consumo, consumidos por el consumo” (p. 66): una especie de agujero negro que no acaba nunca de saciarse y que, en ese mismo proceso de insaciabilidad, produce y reproduce un sujeto en particular: el neoliberal. En su *Nacimiento de la biopolítica*, Foucault identifica tres elementos fundamentales en el proceso de subjetivación bajo un régimen neoliberal: 1) la reducción antropológica, 2) el capital humano, y 3) la responsabilidad individual. El primer elemento hace referencia al condicionamiento del ser humano a

su mera funcionalidad productiva financiera, es decir, al *homo economicus*, aquel que es “empresario de sí mismo, que es su propio capital, su propio productor, la fuente de [sus] ingresos” (Foucault, 2022, p. 265). El segundo elemento hace referencia a este tipo de capital inherente a su poseedor: el capital humano, “el conjunto de los factores físicos, psicológicos, que otorgan a alguien la capacidad de ganar tal o cual salario, de modo que, visto desde el lado del trabajador, el trabajo no es una mercancía [sino] un capital” (Foucault, 2022, p. 262). Finalmente, el tercer elemento involucra un desplazamiento en la responsabilidad política en cuanto se hace responsable, ya no al Estado, sino al individuo por cuestiones de la esfera pública; allí donde, verbigracia, “el problema político de la utilización de la genética se formula en términos de constitución, crecimiento, acumulación y mejora del capital humano” (Foucault, 2022, p. 269).

Estos aspectos son los que hacen posible al sujeto neoliberal, compositor de una sociedad que funciona en la misma dinámica que una empresa bajo la cual la idoneidad de cada fragmento será crucial para su desarrollo en tales condiciones; lo que Fisher (2018b) cataloga como una “ontología de negocios” (p. 42). Con todo, si cada trabajador ha hecho de su fuerza de trabajo capital humano, esto quiere decir, en tanto el capital se nos manifiesta como una entidad espeluznante, que cada trabajador ha devenido un agente activo de dicha entidad: agentes de lo espeluznante. Y, por de pronto, si consideramos que la sensación de lo espeluznante surge de una *falta de ausencia* o bien de una *falta de presencia* (Fisher, 2018a, p. 75), entonces podemos deducir que aquella agencia espeluznante comprende una doble dimensión: por un lado, la implicancia de una sospecha, es decir, de una manera de especulación en tanto nos preguntamos quién o qué fue capaz de constituir dicha agencia; y, por otro, en la misma producción de experiencia sensorial que generaría la acción de aquellos agentes particulares, aportando a una atmósfera que proporcionaría la habitación de un modelo de vida que, por regla general, se constituiría por una falta esencial: la vida misma, lo que para Foucault (2007) correspondería a la *biopolítica* en tanto el *dejar vivir* se torna administrable (p. 165). En este sentido, si no hay alternativa frente al neoliberalismo, entonces el propósito último de la economización de la vida es hacer de la misma algo humanamente imposible. Siguiendo esta lógica, la premisa de generación de crecimiento sería como una forma de ensanchamiento del vacío con el propósito de hacerse de nichos de riqueza donde asilar ese *enorme cúmulo de mercancías* marxiano. De ahí, lo único que crece en su proyección es el vaciamiento de la vida mediante su administración capitalizada. Y esto es lo realmente espeluznante: que el vacío tenga la capacidad de crecer.

De alguna forma, nos parece que la noción foucaultiana de *dispositivo* ayuda a su comprensión. Foucault, en su crítica a la gubernamentalidad, definió tal concepto como “un conjunto absolutamente heterogéneo que implica discursos, instituciones, estructuras arquitectónicas, decisiones regulativas, leyes, medidas administrativas” (Foucault cit. Agamben, 2016, p.8-9). En consecuencia, vislumbramos la cualidad disciplinaria del dispositivo en tanto que *es la técnica específica de un poder* con la capacidad de fabricar individuos e instrumentalizarlos, siendo este poder “modesto, suspicaz, que funciona según el modelo de una economía calculada pero permanente. Humildes modalidades, procedimientos menores” (Foucault, 2018, p. 199). Nos parece que es esta cualidad menor de operatividad del dispositivo lo que posibilita conformar soportes de acumulación de capital, puesto que su configuración de subjetividad se basa en una especie de morada sobre la realidad en la

cual se somete a un individuo y, con ello, su capacidad de adaptabilidad y reproducción de esta. Por tanto, es propiamente tal aquella subjetivación la que hace habitable un mundo que, de lo contrario, no tendría posibilidades de ser habitado. No obstante, Agamben (2016) nos comenta sobre un tipo de dispositivo en particular que nos posibilitaría una suspensión de este proceso modesto: la profanación, es decir, el “contra-dispositivo que restituye al uso común lo que el sacrificio había separado y dividido” (Agamben, 2016, p. 26)². Por tanto, el acto de profanar “en sentido propio es aquello que, siendo sagrado o religioso, es restituido al uso y a la propiedad de los hombres” (Agamben, 2016, p. 25). En este sentido, la posibilidad de resistirse a aquel proceso de vaciamiento-ausencia bajo el cual estamos sometidos en el neoliberalismo y en el que somos, más bien, cómplices, se ofrecería a través de actos desviados, multiformes y mínimos de profanación que dinamicen contra-dispositivos: lo que sería equivalente a *des-habitar* aquel mundo.

Des-habitar lo espeluznante

Hilda Peña es un monólogo escrito por la dramaturga chilena Isidora Stevenson, ganadora en categoría emergente de la XVI Muestra de Dramaturgia Nacional en 2013 y estrenada bajo la dirección de Aliocha de la Sotta en 2014. Basada en un hecho real, el drama se contextualiza en el asalto al banco O’Higgins del Faro Apoquindo el 21 de octubre de 1993 cometido por el Movimiento Juvenil Lautaro (MJL), el cual derivó en un total de ocho muertos tras un enfrentamiento desigual con la policía. Lo interesante del abordaje de este relato histórico en la dramaturgia es la profunda alienación de la voz de su protagonista, Hilda Peña. Ella, una peluquera de población, desde sus escasos conocimientos al respecto, narra un fragmento de la vivencia fáctica a partir de la relación adoptiva filial que mantuvo con un niño de la calle, quien contaba entre los fallecidos. El texto está compuesto por cinco cuadros que ordenamos en: 1) apóstrofe y sueño del lago, 2) noticia del asalto y muerte del hijo putativo, 3) la vida antes y durante la llegada del niño callejero, 4) sueño del niño sin cara y 5) retorno al apóstrofe. En el primer cuadro, el personaje da cuenta a un interlocutor no presente en escena, o del cual no tenemos noticias hasta el final, de un sueño que la atormenta sobre un lago de aguas verdes aparentemente ubicado en el sur del país; en el segundo, la mujer narra el momento en que se entera por televisión de la noticia del asalto al banco O’Higgins y, con ella, de la muerte de su hijo putativo; en el tercero, la mujer cuenta sobre su vida antes del encuentro con el niño de la calle que integra a su vida, a modo de adopción informal, y el proceso en el cual reconoce una maternidad en su relación con el mismo; en el cuarto, se vuelve a un lapsus de ensueño, en donde la mujer narra la imagen onírica de un niño sin cara; finalmente, en el quinto cuadro, el personaje vuelve a interpelar a esa otra presencia ausente –al parecer un brujo– para solicitarle que le ayude a resucitar a su hijo muerto, dando cuenta de las diversas acciones que ha realizado para mantener un contacto con su cadáver. Ahora bien, aunque analizaremos a grandes rasgos aspectos de la dramaturgia en cuanto tal³, lo que nos interesa es pensar sus elementos en disposición de lo espeluznante respecto a un modo de ser-estar en el mundo que da cuenta Hilda Peña a través de su narración, hasta desembocar en el acto de profanación en el cementerio.

En síntesis, podemos decir que la obra narra, a través del testimonio ficcionalizado, la historia de una mujer que rechaza el duelo de su hijo adoptivo, vale decir, la aceptación de su pérdida irremediable tras ser asesinado por la fuerza pública. En este sentido, la ficcionalización del relato trasciende la noticia del incidente en cuanto se repliega en su carácter íntimo, generando con ello una apertura de lo interior por medio de la ruptura externa, por un lado, de los hechos históricos y, por otro, del testimonio mismo de una maternidad hallada. Puesto que, como menciona Brncic (2024), “el hecho político por sí solo se diluye y queda como marco histórico en el que se instala una experiencia única que, sin embargo, se va abriendo a lo público y cotidiano” (p. 329), la maternidad putativa por parte del personaje Hilda Peña se muestra como una experiencia que se construye en base a un vínculo de afectos mínimos, humildes, en un proceso de *agüachamiento* del otro que aparece ante sus ojos lleno de sentido en un mundo que se le ha vuelto cada vez más distante e incomprensible. Tanto en la vertiente de su soledad alienada al no cumplir con un estándar social –es una mujer sin hijos, ni *hombre*, ni parientes–, como desde aquella perspectiva de la lógica de los nuevos espacios comunes –pues no entiende, por ejemplo, la disposición de la plaza “Sin árboles. Puro cemento” (Stevenson, 2022, p. 7)–, o acerca del desconocimiento del sur de su país, siendo lo más lejano que conoce Departamental en la comuna de San Miguel, apreciamos que se expresa una subjetividad que refleja la identidad de un individuo fragmentado, solitario y alienado del mundo que le rodea. Esta caracterización, sin embargo, sufre un cambio doble tanto: 1) en el proceso de adopción informal del niño de la calle como 2) en la recepción de su asesinato-muerte.

Por una parte, la cuestión de la subjetividad anormal del personaje, de esta vida que llevaba antes de *adoptar* al chico callejero, una vida aparentemente vaciada o ausente de sentido, es decir, de la capacidad de sentir al igual que el resto los procesos sociales que el nuevo modelo insertaba en el diario vivir de las personas, se expresa de una manera tal que hace parecer a Hilda Peña como un individuo extraño, fuera de este mundo, precisamente porque no es partícipe de un agenciamiento común. Si bien, este discurso podría interpretarse como una micropolítica de resistencia, pues pareciera rehusar la norma de reproducción de un mundo espeluznante, lo reproduce igualmente al aislarse en su propio fragmento de individualidad, dejando fuera al resto de las voces, sin hallar un lugar de correspondencia. No obstante, de alguna manera, así como Fisher (2018a) nos menciona que la protagonista de *Resurgir* de Atwood “siente cada vez con más fuerza que no existe un lugar para ella; carece de la capacidad de sentir que, supuestamente, es constitutiva de la subjetividad ‘normal’” (p. 124), Hilda Peña ofrece señales de un extrañamiento de todo lo que la debería constituir como sujeto neoliberal común y corriente. Por ello, lo determinante en su relato es el ingreso sorpresivo del niño callejero en su vida aparentemente carente de sentido. La constatación de que “De repente quedé así. / Ya no sé cómo ser distinta. / Yo antes no pensaba cómo era. Era nomás” (Stevenson, 2022, p. 5), resuenan en el interior de una subjetividad que se descubre hueca. Ante la importancia que le da a uno de esos niños que duermen frente a la municipalidad, aletargados por el *neoprén* y el *copete*, del simple gesto de compartir una taza de té o un pedazo de pan se pone en marcha una economía de afectos que hasta ese momento la peluquera nunca había experimentado. De tal modo, es la irrupción de lo externo lo que produce en su interior una significancia, la de reconocerse a sí misma como madre, en una relación completamente desinteresada:

“Así se fue quedando. / Y se hizo mi hijo. / (Pausa) / Fue mi hijo. / Yo no sé si fui su mamá. Nunca le pregunté” (Stevenson, 2022, p. 9).

Pareciera ser este motivo por el cual, tras la muerte abrupta del niño que la llevó al reconocimiento de una maternidad, que su rechazo a consentir la pérdida es aceptable inclusive al iniciar una secuencia de actos que catalogamos como *profanos*, en el sentido agambeniano, al saltarse las regularidades del orden social establecidos en el lugar donde se acometen, el cementerio, con tal de procurarse un acercamiento del objeto arrebatado. Felaciones a los guardias a modo de soborno para el ingreso nocturno del establecimiento, violación sistemática al código sanitario del sepulcro de su hijo putativo e, incluso, aunque no se menciona explicitado, la usurpación del cuerpo ya putrefacto del lugar de entierro para ser resucitado. Todo esto se presenta en el relato desde una crudeza casi ordinaria, natural, como si tanto los guardias del cementerio e Hilda Peña asumieran el costo de una acción que es parte ya de un *modus operandi* en sus vidas cotidianas. En este sentido, la noticia del asesinato de su hijo, violentamente repentina, mientras picaba repollo para el almuerzo, se manifiesta como una presencia fantasmal del pasado reciente dictatorial: una suerte de recordatorio, que retorna mediante réplicas fulgurantes, del basamento de la democracia *ganada*. A este respecto, Rojo (2019) nos dice que “se coloca en esta obra, lado a lado, la impotencia vivida frente a la experiencia de la memoria política con la de la madre que pierde al hijo producto de acciones policiales que no comprende” (p. 118). Por añadidura, la reacción del entonces presidente Aylwin sobre la masacre respaldando el actuar de carabineros, que involucró a militantes lautaristas como a civiles inocentes (Fernández Droguett, 2020), no sólo daba cuenta de sus vestigios dictatoriales sino también de una postura que parecía anunciar las medidas con las cuales el modelo se defendería de ahora en adelante. Con ello, constatamos la estrategia de sujeción del individuo al modelo neoliberal que se instala a través de ciertas lógicas y prácticas que no daban cabida al cuestionamiento de la violencia heredada, naturalizando cada una de sus partes. Lo cual respondería, por ejemplo, a la crudeza naturalizada con que Hilda Peña describe el acto de las felaciones a modo de soborno. Contrastable, por ejemplo, a la política de acuerdos instalada en el periodo de los noventa, podríamos inferir que aquel trato con los guardias del cementerio expresa la contraparte radical de aquella política en tanto intercambio de intereses libidinales: reflejo degradado de la fórmula del pacto y sus tecnicismos de la negociación. Ahora bien, para profundizar en este punto debemos indagar en la operatividad del duelo freudiano, puesto que allí radica una lógica de inversión libidinal y, con ello, una economía del dolor. Si revisamos brevemente el texto *Duelo y melancolía*, nos daremos cuenta de que la renuencia del deudo al abandono de su posición libidinal respecto a su objeto perdido es algo absolutamente comprensible, conduciendo a menudo a “un extrañamiento de la realidad y una retención del objeto por vía de una psicosis alucinatoria de deseo” (Freud, 1992, p. 242). No obstante, aquello que puede ser comprensible se limita solo al acatamiento de la realidad: fuera de ella ocurre lo patológico, o bien la melancolía. La diferencia entre duelo y melancolía, nos señala Freud, es que el primero remite a un empobrecimiento del mundo, mientras que el segundo, a un empobrecimiento del yo. El curso normal del duelo debería culminar en el momento en que el yo logra liberar su libido del objeto perdido, dando renovación a su capacidad de continuidad de inversión libidinal. Por tanto, la ineficaz sustitución del objeto amado ausente significa un debilita-

miento del yo ante su pulsión de muerte, que se caracteriza en el complejo melancólico “como una herida abierta, atrae hacia sí desde todas partes energías de investidura [...] y vacía al yo hasta el empobrecimiento total” (Freud, 1992, p. 246).

De alguna manera, nos es posible identificar un fenómeno melancólico en Hilda Peña tras su rechazo a la despedida definitiva de su hijo putativo, no porque en ella se diagnostique una regresión al narcisismo originario, sino porque en su reconocimiento la subjetividad maternal que adquirió tras la llegada inadvertida del niño callejero se desmoronaría por completo, sería como la aceptación de su propia anulación de existencia. Según Freud (1992), la pérdida de alguien significativo trae consigo la pérdida de una parte importante de la estructura personal y, en el dolor derrochado, se ve reflejada la importancia de su no presencia en dicha organización interna (p. 253). Claramente existe un rebajamiento de su yo al autosometerse a las felaciones de los guardias con tal de testificar el proceso de descomposición del cuerpo de su hijo putativo, enjuagando luego su boca con una bebida que compra todas las noches afuera del cementerio. En este sentido, apreciamos que es la muerte del joven la que moviliza una disconformidad radical, desconocida, por parte de Hilda Peña respecto al modelo de vida que le rodea, misma que lleva consigo un descontento de potencial representativo, puesto que no tratamos su comportamiento como una patología que precisa de una cura, sino más bien desde una empatía por aquel objeto perdido que colmaba su *no-lugar-en-el-mundo*. En otras palabras, el corresponder como madre era lo que le otorgaba sentido, un lugar, a su mundo. Ese mundo, por tanto, al estar en compañía por aquel chico que recogió/rescató de la calle, es re-encantado por sus ojos ahora maternos. Y aquellos comportamientos son, en consecuencia, los síntomas de un desajuste singular ante un modelo de vida que no daba abasto a su propia subjetividad. En este sentido, podemos interpretar estas huidas al cementerio, de noche, como escapes de lo *económicamente realista*: el intercambio se produce en el orden de la libido, en su pura descomposición ante la resistencia de la muerte del otro, a la pérdida de esa parte de sí que se constituyó materialmente en su estructura personal. De tal forma, aquel cuerpo putrefacto en los brazos de su madre putativa, sacado de lo íntimo y reincorporado a lo público, representa en esta lógica del duelo el estado de una memoria colectiva que testifica la imposibilidad, no solo del ajusticiamiento de una pérdida, sino también de una reorganización de los afectos.

De esta manera, Hilda Peña se ha convertido en marginal del margen, una persona que ha devenido incomprensible para sus iguales, incluso para aquellos con quienes intercambia sus intereses libidinales profanos: “Me dicen que soy rara. / Que esto no se hace. / Raros ellos que les gusta que se la chupe alguien que no conocen” (Stevenson, 2022, p. 18). En este sentido, la delgada peluquera nortina es capaz de realizar tales prácticas profanas puesto que su subjetividad, o bien racionalidad neoliberal, le permite comprenderlo como el medio que posibilita su acceso/elección de inversión libidinal. En ello radica su libertad individual y su capacidad de crecimiento, ya no empresarial, sino afectiva respecto a aquel objeto que le otorgó un sentido a su vida. En dicho caso, el acercamiento radical al cadáver de su hijo putativo provocaría una interrupción constante del duelo con tal de: 1) preservar, o de lleno capturar, todo el proceso de descomposición sobre un cuerpo que deja de ser el mismo, y 2) saturar y retener la inversión libidinal depositada en el cadáver con tal de impedir su desasimiento. Ambos factores de interrupción al duelo dan cuenta de

una resistencia que, instalado en el cementerio de forma irregular, constituyen un contradispositivo que enseña su mecanismo como las partes de un saber-poder popular perdido. Es precisamente la acción de observar desvergonzadamente el proceso de abandono vital, transitando entre los estados de *fresco-hinchado-putrefacto-seco*, el que comprendemos como una recuperación ominosa del rito popular del velorio del Angelito en cuanto significa la despedida de aquel que, no habiendo vivido lo suficiente, deja este mundo en la mayor compañía posible.

Según Cerutti y Martínez (2010), esta práctica religiosa común en Latinoamérica, herencia del ritual español Aurora, se basaba en velar a un fallecido de corta edad, normalmente bebé, mediante una festividad que involucraba bebidas alcohólicas, cantos, oraciones, comidas y baile. Los padrinos eran los responsables de hacer los preparativos del velorio y decorar al *muertito* de blanco y alitas de papel, para luego ser instalado en un altar y exhibido entre los participantes. Este velorio-fiesta no tenía un límite de tiempo, aunque estaba supeditado a la mantención orgánica del cadáver. En la creencia popular, al ser un niño el fallecido, su alma devenía un ángel, pues no había sido corrompida por los vicios. Es por ello que su muerte trae consigo un motivo de alegría, pues quedaban como protectores celestiales del resto de la familia. En torno a la función que resguardaba, Cerutti y Martínez (2010) nos dicen que, “mediante la fe en un paraíso celestial, en un Dios cercano y en la capacidad mediadora de los angelitos, estos campesinos encuentran una solución a su problemática existencia” (p. 13). En este sentido, dicha práctica era una forma de religiosidad popular movilizadora de un saber-poder compensatorio. Ahora bien, llevado esto a nuestro caso de estudio, *Hilda Peña* da cuenta de la depauperización de este ritual: su objeto nunca fue la inversión de valores, sino la observación enfermiza de su descomposición con tal de retener su *partida*. Con ello, se comprueban dos cosas: que su hijo no devino *santo* y que, con su *partida*, ella no se salvará. Allí, entonces, se presenta el ritual del Angelito empobrecido de su saber-poder popular en cuanto el fin último de este era invertir la pena en alegría, convertir el peso de la realidad desigual en una ocasión de celebración comunitaria. Sin embargo, al contrario de lo que Fisher (2018b) menciona respecto a la deflación de las prácticas rituales impuestas por el realismo capitalista, aquel proceso en el cual, “a través de la conversión general de prácticas y rituales en objetos meramente estéticos, las creencias de las culturas previas quedan objetivamente ironizadas, transformadas en *artefactos*” (Fisher, 2018b, p. 25), el acto narrado por Hilda Peña trasciende tal cosificación al presentarse como posible remembranza de potencialidad religiosa popular: la radicalidad de su postura en torno a la creencia de resurrección de su *hijo* muerto adquiere la fuerza suficiente para interpelar, desde su ignorancia y desvirtuación de la misma, a la memoria de una sociedad que ha olvidado sus raíces.

En este sentido, al realizarse tal profanación en el lugar por antonomasia de la no-vida, vemos que se lleva a cabo un acercamiento de aquello que ha sido separado de la vista común: la descomposición en cuanto tal de aquellos cuerpos bajo el cemento. Según Schriewer y Martínez Caverro (2024), el cementerio moderno, por sus exigencias demográficas y de higiene pública, compondría un dispositivo disciplinario al administrar biopolíticamente los cuerpos vivos y muertos contenidos en él, cuya cosa fue el resultado de un proceso de secularización en la Europa occidental (p. 13). Por tanto, si en él existe una racionalidad propia de la modernización, en cada acto profano se dinamizará un ejemplo

de ruptura de este en cuanto se manifiesta el retorno de una subjetividad popular premoderna. Estas rupturas que, a través de actos de acercamiento de eso que debería permanecer oculto, dan cabida al apareamiento de lo inorgánico en cuanto pulsión de muerte, se representa en *Hilda Peña* al testificar el proceso de descomposición del cuerpo de su hijo putativo, primero como un objeto-vaso, luego en un progresivo vaciamiento hasta volverse inhallable: “Yo lo veo vacío. / Lo veo a él, pero sin él.” (Stevenson, 2022, p. 17). En consecuencia, puesto que “lo inorgánico no corresponde con lo pasivo, la contraparte de una vida inerte de una vida que supuestamente se impulsa a sí misma; bien al contrario, posee su propia capacidad de actuación” (Fisher, 2018a, p. 104), aquel cuerpo de niño-vaso daría cuenta de la producción de un agenciamiento alternativo al espeluznante neoliberal, ya que establecería una relación con el mundo totalmente desinteresada, meramente afectiva y espectral, liberada de todo parámetro económico. Ergo, esta ocasión de encuentro con lo exterior, con las fuerzas ajenas que irrumpen de manera fatídica en cada detalle inscrito en las baldosas de los nichos y osamentas, se materializa desde la desolación maternal a través de una estrategia de profanación que invierte los valores de una *ontología de negocios* que la reclama: en aquel despliegue desolado se genera, de alguna manera, una des-habitación del mundo espeluznante que le rodea. Tal acto pareciera ser la única forma en la cual, hoy, podría darse con sentido ritual lo que fue el velorio del Angelito: un acto de resistencia y memoria ejercido en una escala compensatoria, desde la lógica del duelo, ante una realidad desigual que tiende, más bien, al olvido.

Conclusión

Hemos realizado una interpretación de la sociedad neoliberal chilena a partir de la noción de *lo espeluznante* de Fisher con tal de figurarnos una idea de la sensación que circula, en correspondencia con su capital, entre los individuos que la conforman. Esto nos ha llevado a comprender que, siendo el olvido de la génesis del modelo social que la sustenta su piedra angular de funcionamiento, en tanto que memorias individualizadas, cada uno deviene agente de dicha sensación ante una ausencia de historia-relato. En esto es fundamental el imaginario que propone la ficción *Hilda Peña* de Stevenson respecto a las nociones estéticas que articulan nuevas formas de *memoriar* el pasado dictatorial y su herencia en nuestro país.

En el caso particular, atisbamos un doble juego de la materialización de la memoria mediante, por un lado, la ficcionalización de un hecho real y, por otro, la remembranza de un sujeto popular extraviado. Es mediante este último que logramos reconocer una lógica compensatoria que persiste en el acto de profanación por parte del personaje que monologa. Con ello, desenvuelve un repertorio de acciones capaces de des-habitar un mundo que no le correspondía sentido mediante la radicalidad de la irrupción del duelo. Y es esto lo que identificamos como una exigencia relativa a la pregunta del cómo seguir recordando, en tanto inversión de afectos, y si acaso basta solo con ello para generar una reparación en cuanto tal, no solo de los damnificados directos, sino de la sociedad en su conjunto.

Notas

1. E incluso, como crítica a la propia Nelly Richard y dando cuenta del mismo entrapamiento existente en las lógicas neoliberales chilenas de producción artística, se expresa en el libro *Teatro para un Chile Neoliberal* que, mediante la noción de lo contemporáneo en las prácticas artísticas de la avanzada, se consagra un “lugar hegemónico de articulación del campo y los procesos de neoliberalización social que se iniciarán en dictadura y se consolidarán en los gobiernos concertacionistas” (Rossel et al., 2024, p. 20).
2. Con sacrificio se refiere al dispositivo que ha separado del mundo común y corriente de los mortales el de la esfera de los dioses celestiales, o bien las leyes universales.
3. No es de obviar el hecho que, si nuestro análisis estuviese enfocado puramente en los aspectos técnicos de la dramaturgia, ésta cumpliría sin lugar a duda con los recursos suficientes para generar una sensación espeluznante puesto que, en virtud de las intermitencias, quiebres e irregularidades del texto, se produciría aquello de Fisher (2018a) denominada como “lagunas en el conocimiento del espectador” (p. 129) por medio de la limitación de información otorgada. Por otro lado, es de destacar que no ahondaremos en la historia en sí misma, ya que nuestro interés recae en el acto final de renuencia radical por parte de la protagonista ante la muerte de su hijo putativo.

Bibliografía

- Bourdieu, P. (2014). *Sobre el Estado. Cursos en el College de France (1989-1992)*. Anagrama.
- Brncic, C. (2024). El monólogo y la ficcionalización del testimonio en el teatro chileno actual: Hilda Peña. *Revista de Humanidades*, 49, 313-339. <https://doi.org/10.53382/issn.2452-445X.783>
- Cerutti, A. & Martínez, A. M. (2010). El velorio del angelito. Manifestación de la religiosidad popular del sur de Chile, trasplantada en el territorio del Neuquén (1884-1930). *Scripta Ethnologica*, 32, 9-15. <https://www.redalyc.org/pdf/148/14815618001.pdf>
- Comisión Nacional sobre Prisión Política y Tortura. (2004). *Informe de la Comisión Nacional sobre Prisión Política y Tortura*. Santiago de Chile: Ministerio del Interior.
- Fernández Droguett, R. (22 de octubre de 2020). *Memoria de la violencia estatal: a 27 años de la matanza de Apoquindo*. Diario UChile, Radio Universidad de Chile. <https://radio.uchile.cl/2020/10/22/memoria-de-la-violencia-estatal-a-27-anos-de-la-matanza-de-apoquindo/>
- Fisher, M. (2018a). *Lo raro y lo espeluznante* (trad. Nuria Molines Galarza). Alpha Decay.
- _____. (2018b). *Realismo Capitalista. ¿No hay alternativa?* (trad. Claudio Iglesias). Caja Negra.
- Foucault, M. (2007). *Historia de la sexualidad 1. La voluntad de saber* (Ulises Guinazú, trad.). Siglo XXI.
- _____. (2018). *Vigilar y castigar: Nacimiento de la prisión* (Aurelio Garzón del Camino, trad.). Siglo XXI.
- _____. (2022). *Nacimiento de la biopolítica: curso en el College de France: 1978- 1979* (Horacio Pons, trad.). Fondo de Cultura Económica.

- Freud, S. (1992). *Obras completas, volumen XIV* (trad. José L. Etcheverry). Amorrortu.
- Ffrench-Davis, R. (2003). *Entre el neoliberalismo y el crecimiento con equidad. Tres décadas de política económica en Chile*. LOM.
- Kornbluh, P. (2023). *Pinochet desclasificado: Los archivos secretos de Estados Unidos sobre Chile*. Catalonia.
- Moulian, T. (1997). *Chile Actual: Anatomía de un mito*. LOM.
- ____ (1999). *El consumo me consume*. LOM.
- Ramírez, S. (2022). *El gran ensayo. Génesis social, consolidación y crisis del neoliberalismo en Chile*. Tiempo Robado editoras.
- Richard, N. (2010). *Crítica a la memoria (1990-2010)*. Ediciones Universidad Diego Portales.
- Rossel, C., Villanueva, C., Ponce de la Fuente, H. & Olivares, P. (2024). *Teatro para un Chile Neoliberal. Fragmentos sobre la constitución del campo teatral en el Chile de la posdictadura*. La Voz Ajena.
- Rojo, S. (2019). Memoria del horror: Las brutas, de Juan Radrigán; Hans Pozo, de Luis Barrales; e Hilda Peña, de Isidora Stevenson. *Revista Culturas: Debates y perspectivas de un mundo en cambio*, 13, 109-122. <https://doi.org/10.14409/culturas.v0i13.8609>
- Schriewer, K., & Martínez Cavero, P. (2024). Reflexiones antropológicas sobre la historia y la actualidad del cementerio en Europa. *Revista Murciana de Antropología*, 19, 9-26. <https://revistas.um.es/rmu/article/view/216981>
- Stevenson, I. (2022). *Hilda Peña*. Buenos Aires, Argentina: Edición CELCIT. <https://www.celcit.org.ar/bajar/dla/588/>

Abstract: This article offers a reading of *Hilda Peña* (2014), a monologue by Isidora Stevenson, through the lens of Mark Fisher's concept of "the eerie," understood as an atmosphere of estrangement linked to the spectral exteriority of neoliberalism. The piece argues that the play dramatizes a fractured and marginalized female subjectivity, whose mourning over the loss of a putative son—a street child killed during Chile's democratic transition—activates a series of profane acts that interrupt the capitalist logic of pain management. Hilda, the protagonist, enacts a distorted version of the traditional *velorio* del Angelito (the wake of a child), forming an aesthetic counter-dispositive rooted in a degraded form of popular religiosity, which challenges both the neoliberal order and its modes of official memory. The analysis is divided into two parts. First, it outlines a "model of eerie life," characterized by the normalization of emptiness, the depoliticization of social suffering, and the internalization of a logic of human capital that turns subjects into agents of their own dispossession. Second, it explores how *Hilda Peña* un-inhabits that model through a radical mourning narrative, where the putative mother rejects institutional mourning rituals and constructs an alternative libidinal economy. Through the irruption of the corpse as both an object of desire and testimony, a residual ritual power is invoked that subverts neoliberal rationality.

Keywords: Political memory - The creepy - Mourning - Female subjectivity - Profanation - Chilean neoliberalism - Contemporary dramaturgy

Resumo: Este artigo propõe uma leitura do monólogo *Hilda Peña* (2014), de Isidora Stevenson, a partir do conceito de “o arrepiante” de Mark Fisher, entendido como uma atmosfera de estranhamento vinculada à exterioridade espectral do neoliberalismo. Argumenta-se que a peça dramatiza uma subjetividade feminina fragmentada e marginalizada, cujo luto pela perda de um filho putativo – um menino de rua assassinado durante a transição democrática chilena – ativa uma série de atos profanos que interrompem a lógica capitalista de administração da dor. A protagonista, Hilda, reatualiza de forma distorcida o ritual do velório do Anjinho, configurando um contra-dispositivo estético enraizado numa religiosidade popular degradada, que desafia tanto a ordem neoliberal quanto suas formas de memória oficial. A análise se divide em duas partes. Primeiro, descreve-se um “modelo de vida arrepiante”, caracterizado pela normalização do vazio, a despolitização do sofrimento social e a internalização de uma lógica de capital humano que transforma os sujeitos em agentes de sua própria desapropriação. Em seguida, explora-se como *Hilda Peña* des-habita esse modelo por meio de uma narrativa de luto radical, na qual a mãe putativa recusa os rituais institucionais de luto e constrói uma economia libidinal alternativa. A irrupção do cadáver como objeto de desejo e testemunho invoca uma potência ritual residual que subverte a racionalidade neoliberal.

Palavras-chave: Memória política - O arrepiante - Luto - Subjetividade feminina - Profanação - Neoliberalismo chileno - Dramaturgia contemporânea

[Las traducciones de los abstracts fueron supervisadas por el autor de cada artículo.]
